

en los sueños según hemos visto, ofreciéndonos una idea de los matices que en la sociedad mexicana presentan las ligas incestuosas.

Los soñantes son adolescentes y jóvenes en cuya edad la autoidealización y el narcisismo son normales y han de superarse; tienen capacidad física para la relación sexual. Estos aspectos se expresaron principalmente en los temas de las categorías A, B y D. Su proceso de individualización debe lograr que las funciones de segurización y valorización sean endógenas y ya no exógenas, obteniendo la independencia; en esa edad también deben perder el miedo a la madre y a la mujer y asumir una actitud frente a la vida. Estos aspectos se expresaron principalmente en las categorías E y C. Y sus sueños indican con claridad las influencias sociales que experimentan.

Espero haber mostrado que el estudiar los sueños como lo propongo, es útil a la psicología social y psicoanalítica. Expresan lo adquirido de la sociedad (carácter social); lo reprimido socialmente (inconsciente social); y lo específicamente humano que no reprimieron los filtros sociales (lo inconsciente humano). Es decir, expresan la unidad bio-psico-social del hombre.

Y no estorba terminar señalando que el tratamiento analítico individual, en el que los sueños tienen tanta importancia, es más satisfactorio mientras más penetra en esos tres niveles.

BIBLIOGRAFÍA

1. Fromm, E., en *Más allá de las cadenas de la ilusión*, hace una exposición detallada de sus conceptos del carácter social, inconsciente social, inconsciente humano, filtros sociales, etc. Ed. Herrero, México, 1964.
2. Aramón, A., en *Psicoanálisis de la dinámica de un pueblo*, Costa-Amic, 2ª ed., México, 1965, estudia psicoanalíticamente la lucha entre matriarcado y patriarcado en la sociedad mexicana, desde la religión y la sociedad aztecas, a la llegada de los españoles.
3. Freud, S., *Collected Papers*, vol. V., pp. 253-54.

FENOMENOLOGÍA DE LA ACTUALIDAD VIVIDA EN EL CAMPO DE LA CONCIENCIA

Henri Ey *

Si ser consciente es, como me parece, disponer de un modelo personal del mundo, claro está que tenemos que distinguir en su organización temporal su *pausa* en la actualización de su experiencia y su *desarrollo* transaccional; dicho de otra manera, distinguir el campo de la conciencia como "lugar" en donde está su experiencia y el yo que está teniéndola.

Calibrar las dimensiones y las cualidades estructurales del campo de la conciencia resulta difícil, porque uno se ve fácilmente impulsado a no describir sino una constante forma reducida a una ilusoria simplicidad (función de vigilancia), o a describir las modalidades infinitas de lo vivido concreto (contenidos de conciencia), es decir, todo lo que constituye o puede constituir la experiencia vivida por cada hombre en cada momento de su existencia. Pero podemos evitar ese doble peligro del formalismo simplificador y del tematismo infinito, partiendo precisamente de lo que nos ha enseñado sobre la realidad del campo de la conciencia, su desestructuración. La "patología" de esta descomposición nos proporciona, por ser su revés, el modelo de los rasgos autóctonos de su organización, el cual hemos de hacer aparecer.

El nivel superior, el que, superado o sobrepasado, coincide con las experiencias de manía y de melancolía.

El nivel medio al que, alcanzado, corresponden las experiencias delirantes y alucinatorias agudas.

Por fin, el nivel de las desestructuraciones profundas (análogas al ensueño) y que es la estructura de los estados confuso-oníricos.

Entonces es posible describir en el campo de la conciencia una infraestructura de conciencia constituyendo un suelo, en cierto modo, inconsciente; de tal naturaleza que está implicada en el movimiento del paso del sueño a la vigilia, y que describiremos como la constitución misma del "campo de actualización de lo vivido". Pero el "campo de conciencia", por el movimiento vertical de su génesis y estar bien constituido (es decir, "sólido"), tiene precisamente otra propiedad: la de variar. Y son los movimientos facultativos de esta disponibilidad del campo por el sujeto, los que (constituyendo la experiencia del sujeto normal, libre y despierto), enmascaran su infraestructura hasta el punto de hacerla desaparecer del cógito, como para no dejarla manifestarse más que en la observación de la conciencia desestructurada o desintegrada.

Describiré con detalles la infraestructura del campo de la conciencia, es

* Dr. med. Primera de una serie de conferencias sustentadas en octubre de 1964, como invitado de la Asociación médica Franco-Mexicana y de la Sociedad Psicoanalítica Mexicana.



decir su constitución. Seré más breve para decir algo sobre su dinamismo racional y, por fin, examinaré cómo surge de este mismo campo el Yo mismo dueño de su experiencia.

I. La infraestructura del campo de la conciencia

Aprovechando lo que nos ha enseñado la psicopatología podemos describir tres fases o capas estructurales en esta constitución del campo de la conciencia.

El campo circunscrito por el sentido

El campo de la actualidad vivida está, desde su origen, y por consiguiente siempre, determinado por su sentido. Cuando Brentano decía que la conciencia es siempre la conciencia de algo (*auf etwas sich beziehend*), es porque, como se ha repetido mil veces, la conciencia es un golpe de vista, una mirada su campo aparece como para responder a esta perspectiva dándole figura. El "tiempo" es el de una duración que lleva el deseo hacia su objetivo, y el intervalo que lo separa de él. Su espacio es aquel donde se describen las figuras que engendran las etapas hacia su fin. El objetivo, el objeto de esta primera organización vectorial, es el campo más sencillo en que pueda constituirse la conciencia. Esta "proto-experiencia" de la conciencia *statu nascendi*, brota del obs-curo interpuesto entre el deseo y el objeto; es este choque el que enciende la conciencia al oponersele. Entre el deseo y la realidad surge la imagen, que simliza la realidad del deseo. Sobre este modelo reducido a su más simple expresión podrán construirse, desarrollándose, todas las configuraciones del campo de la conciencia. Esta relación intencional —primera y fundamental lateralidad de la conciencia— que presenta a sí mismo ese algo apuntado por el objeto, abre y orienta el campo. Es ahí, en ese primer destello de conciencia de despertar, donde el sujeto se abre a su mundo como aquello con lo que se relaciona y entienda, y que se presenta con el problema de su orientación y de su significación. Todo campo de conciencia, por rudimentario y poco entrecubierto a una temática que sea, es un tema (W. James). Se organiza en relación a esta directiva de sentido que es el eje, o vector de la experiencia. Nada hay en sus dimensiones, implicaciones o explicaciones —temporales o espaciales— que pueda revelarse en esta experiencia, sin haber sido engendrado y desarrollado por su sentido. De manera que el "campo" de la conciencia no es sino ocasionalmente reductible a la cantidad y número de momentos que figuran en él, es decir, a la unidad de percepción de la psicología de Wundt. Efectivamente, es el sentido el que determina de forma muy especial el comienzo y el fin, la concentración o la dispersión de la actualidad de la experiencia. Es la única medida del momento que constituye "hic et nunc" de lo vivido en todo acontecimiento. Y por acontecimiento podemos designar tanto la manifestación de la imagen en el sueño como el mundo surgido o buscado, o como la "situación" que provocamos nosotros que imponen las circunstancias.

Las perspectivas abiertas por el sentido deben hacer describir las condiciones de aparición y desarrollo del tema. Lo que aparece, lo que interesa o cautiva (ese "fin" del momento presente, vivido como la experiencia de esta búsqueda o de esta contemplación) aparecen dos condiciones diferentes. Sea surgiendo la aparición de las profundidades del ser como una exigencia afectiva (deseos, emociones, espera o experiencia noética —intuición, ideas—): el sentido entonces aparece como una necesidad, una pregunta, una orientación; o bien de tal forma que la aparición sea la de un objeto o suceso exterior, y el sentido se encuentra entonces no ya impuesto, sino asignado como urgencia o interés por el mundo exterior en la percepción. Las oscilaciones del campo de la conciencia están, pues, sometidas a una especie de anhelo interno y de sustigamiento exterior. La imposibilidad de sustraerse a esta doble dotación de sentido entrafía para la conciencia, la imposibilidad de cesar, de "darse" el campo de su deseo, de su saber, de su percepción; la imposibilidad de franquear las preocupaciones y los cuidados que mantienen su "alerta".

Esta aparición de lo vivido, con el sentido que lo anima, y que surge como la urgencia, la necesidad, o el simple placer de presentarse algo, no constituye el campo de la conciencia más que como fin. Los procedimientos de esta intencionalidad, es decir, las formas de su expresividad y su aparición, dependen de la posibilidad de desarrollo de la experiencia surgida y percibida. En tanto cuanto esta intencionalidad constituye (en el sentido de Husserl) la apertura misma de la conciencia a un objeto (es decir, a la posibilidad de una relación bilateral del Yo con su mundo), esta dimensión intencional del campo de la conciencia es su ser originario, pero que persiste a lo largo de su desarrollo, siendo así la condición de un devenir que exige una incesante metamorfosis de esta pura intención. Porque si encontramos esta intencionalidad en las formas rudimentarias de estos niveles inferiores (hasta en la desestructuración que se da en el sueño), pero solamente por fulguración de imágenes sobre el fondo de anulación de un mundo imposible, esto que en los primeros estadios de su organización constituye el campo mínimo, concreto y sin desarrollo de una experiencia vivida como prisionera de la cosa deseada o de la cosa percibida, este embrión de configuración significativa está, en los "grados" superiores de su desarrollo, como orquestado en una multitud de posibilidades reflexivas que forman la multiplicidad compuesta e indefinidamente abierta de su experiencia. Esta deviene entonces la de una situación, la de un problema, cuyo sentido no está completamente "dado", sino que se presenta y exige ser cogido y vuelto a coger en una cascada de perfiles y esbozos. Este desarrollo dialéctico o discursivo saca las formas del razonamiento por el que se descifra y se realiza su proyecto, mediante un lenguaje puesto a la disposición del sentido para hacer cuerpo con él. Así vemos *claramente* que si el sentido es la forma originaria del campo de la conciencia, su forma matriz, ésta no se reduce a la intencionalidad, porque esta intencionalidad se subordina asimismo a una estructura de posibilidades o de instrumentalidad designadora.

Pero ya se trate de que el "sentido" cree un "campo" de conciencia inmediata o cerrada sobre su mismidad, ya de un campo de conciencia mediatizada hasta el punto de extenderse al horizonte de su mundo, lo cierto es que estos

"campos", todos estos "campos", son para el sujeto la manera de hacerse cargo de una experiencia que ha ocupado un momento de su existencia. Porque lo "vivido" de la experiencia es siempre un vivido histórico, que sella "blasones" cada momento de nuestro tiempo. Pero cuanto más permanece concreto y expresado en imágenes el sentido, tanto menos se presta al desarrollo discursivo y tanto más se mantiene entonces secreto y poético, como si su imposibilidad de ser expresado le consagrara, ante la fascinada conciencia, como objeto estético más bien que como acontecimiento para su historia. Por lo demás, y a la inversa, pueden engendrar sentido estético cualquier reflexión y cualquier retrospectión sobre estas experiencias íntimas, sobre este puro dato o supuesto de ese campo "poético" del sentido, donde se encuentran Bergson y Proust.

Veremos más tarde cómo se desarrolla este "espectáculo interesante", cómo se desarrolla el "suspense" de la experiencia, cuando ésta llega a constituirse "escénicamente". De momento nos basta con advertir que la dimensión primaria y original del campo de la conciencia es su sentido, o, si se prefiere, que dicho campo no se despliega sino como respuesta a una pregunta (¿quién soy yo?, ¿dónde estoy?, ¿cómo satisfacer mi deseo?, ¿qué debo hacer?, etc.). Repitamos que es así como la experiencia que penetra en la conciencia en tanto y en cuanto ella es conciencia de algo, resulta un acontecimiento vivido, sean las que fueren las referencias a la "realidad". Por que lo que acabamos de interpretar como esencia semántica del campo es lo que resulta común a todos los campos de conciencia, y sin referencia de lo vivido con el sistema de la realidad, es decir, que se trata de la experiencia vivida pura, sea lo que sea.

Porque limitando el campo de la conciencia a su intencionalidad, se alcanza ciertamente su origen, pero sólo su germinación o génesis inicial y no las configuraciones ulteriores de sus dimensiones que van ahora a aparecer.

2. El campo como escena

Si el sentido, como "idea" de toda experiencia, proporciona al campo su texto o su argumento; si, como acabamos de subrayar, puede confinarse el campo en la imagen o en el objeto a título de relación inmediata como un chispazo de deseo, o al contrario, puede dilatarse y complicarse en la medida del desarrollo discursivo del campo de la conciencia, es claro que la estructura en campo, para constituir la posibilidad cinematográfica de explicación del sentido que lo solicita y orienta, debe presentarse ahora como una disponibilidad del espacio necesario para su desenvolvimiento, para su representación. El campo aparece entonces como el lugar organizado para la aparición, como un espacio vivido como receptáculo y vehículo de sus peripecias. Porque esta *escena* donde aparecen, donde van y vienen las figuraciones significativas o significadoras (verbalizadas o verbalizables) que representan el encadenamiento —muy propiamente llamado "escénico"— de la experiencia vivida, esta escena está bien "ordenada", con miras a la acción que en ella se desarrolla— de igual forma que ella le impone, recíprocamente, el orden

de su propia construcción. Digamos pues, que se trata de una "escena" como en el teatro, pero una escena irreductible a un espacio homogéneo, porque jamás puede estar ni vacía ni desligada de los personajes y peripecias que en ella acontecen, ya que éstos nacen de las modalidades mismas del espacio y del tiempo que forman con su sentido la totalidad de la escena y del espectáculo —trabados arquitectónicamente—. Lo que equivale a decir que esta escena no está solamente en el espacio, sino en el tiempo —como argumento o guión—. ¡Cuán diferente es a este respecto el "campo de la conciencia" del "campo visual"! (Campo éste con el que nunca se puede evitar compararlo, a causa de los fenómenos "espectaculares" de la experiencia que se desarrolla, como ante los hechos, ante la conciencia.) Pero el campo de la visión hace entrar en nuestra experiencia una extensión de espacio con sus objetos, incluso cuando no coincide con el espacio y si no es sino su reflejo; lejos de englobar el campo de la conciencia, el campo visual está incluido en él. Más generalmente, hasta el mismo campo de la conciencia no es solamente el campo de percepción; no llega a ser sino a condición de transformar este campo lleno de los objetos exteriores percibidos o corporales, en campo de una experiencia actual que sobrepasa y engloba la percepción. El campo de la conciencia, tal como se nos revela aquí, en cuanto "escena" o "lugar de los espacios vividos en la experiencia actual", no es, pues, un objeto perteneciente al espacio, sino una estructura analógica que combina el tiempo y el espacio como ámbito de su *representación*. Por lo demás, decir que el campo de la conciencia es una escena, y que en ella se desarrolla una representación significa —por la reduplicación implícita en el prefijo de esta última palabra— tomar lo vivido escénico ("tema", tópico) de la experiencia, como un símbolo correlativo de la misma bilateralidad de la intencionalidad del sujeto y de su objeto. Y cuando pretendemos aquí describir no ya únicamente la representación de lo vivido de la conciencia del sujeto que lo vive, sino un orden referencial de espacialización en el que este vivido se distribuye, se extiende y se desarrolla en este medio, es precisamente una representación de lo que aquí se trata, puesto que la experiencia se constituye entonces como una acción que se desarrolla en el interior del sujeto. Es "este dentro" lo que constituye el espacio vivido y que no puede ser sino el del cuerpo, el que le presta y asigna sus propiedades sensibles no como soporte, sino como símbolo de su representación. De tal suerte que incluso cuando la escena de la conciencia se llena (por "excepción") con la percepción de los objetos exteriores, estos mismos son incorporados en ese campo que por lo demás no se establece en el interior de sí mismo, sino para salir de allí, como si fuera algo esencial suyo el no poder jamás coincidir con un espacio dado, el no poder jamás establecerse.

Todas las "determinaciones espaciales" de este campo, sus perspectivas, sus dimensiones, todo lo que supone el "aquí" o el "allí" de lo vivido, todo eso no es nunca más que un espacio vital y simbólico del movimiento. O sea que el espacio del campo fenoménico es una copresencia, una simultaneidad de cosas que integran el orden de la actualidad; o dicho de otra forma, este "espacio" está en el tiempo. Es movimiento, no es sino movimiento. Esta "cinematicidad" ha sido descrita admirablemente, recordémoslo una vez más, por Bergson. La representación que se desarrolla sobre la escena o campo de



la conciencia, toma su espacio de la vivacidad caleidoscópica de una sucesión en el tiempo. La forma de aparecer o desaparecer, de llegar o de marcharse, de acercarse o de alejarse, de superponerse o de combinarse, constituye las modalidades espacio-temporales propias del campo de la conciencia. No se trata aquí, no puede tratarse, del tiempo y del espacio matemáticos, porque el campo de la conciencia no es el lugar geométrico de una yuxtaposición de los objetos en el espacio, o de su modificación en el tiempo objetivo. En este movimiento continuo, el centro y la periferia, la figura y el fondo, las perspectivas de lo alto y de lo bajo, de lo interior y exterior, del delante y del atrás, de lo apartado y lo próximo, del continente y del contenido, nunca son más que contracciones o expansiones, progresiones o retrocesos, anticipaciones y regresiones, protensiones y retenciones, que por su entrecruzamiento forman "como" un espacio, un algo equivalente al espacio, "único" medio donde puede vivir la "mundaneidad" de la experiencia en tanto y en cuanto ella es "vívida" tal y como se nos ofrece, o tal y como es captada; o sea, como suspendida en ese ambiente que la conciencia tiende a la manera de una red entre el sujeto y su mundo.

Decir de este campo de la conciencia organizado como un espacio instantáneo, que es una manera de durar, es decir también que el campo de conciencia no se despliega más que como una memoria que encierra la experiencia, puesto que, efectivamente, nada de lo que en él aparece —ni siquiera lo que penetra en él por el golpe de vuelta o contrachoque de la percepción—, nada de lo que en él aparece, repelimos, llega a ser nunca una pura instantaneidad. El "conocer" de la experiencia es siempre un "reconocer", de igual forma que su presentación es una representación; es decir, que necesitan de una pausa temporal durante la que se organice y reúna la simultaneidad de las cosas vividas. El campo de la actualidad no se manifiesta sino en una continuidad mnésica, de tal suerte que es preciso volver de nuevo a Bergson ("la conciencia significa ante todo la memoria") y a sus profundos análisis de la estructura de la conciencia tomada como composición y compenetración de una multiplicidad, que no es otra cosa sino la heterogeneidad misma de la duración del tiempo, del que Paul Valéry decía que es "el cuerpo del espíritu".

La estructura de este "espacio vivido" puede decirse que es experiencia del cuerpo viviente, puesto que el cuerpo le suministra su propia sensibilidad. Ninguna experiencia, por más puramente instintiva, abstracta o imaginaria que sea, puede constituirse en campo si no es articulado este campo con una referencia a su propio sentir. Para ser vivido, el campo está obligado a organizarse como una "coherencia" (Weizsäcker) del sentir o de los movimientos del cuerpo con el que vive. Pero aún entonces, aún en este caso, no es el espacio objetivo del cuerpo el que presta sus propias dimensiones a la experiencia, el cuerpo no puede dar espacio y cualidades más que incorporando lo vivido en la temporalidad, en el devenir de su propio movimiento, y viviéndolo en su representación.

Este "espacio vivido" como campo escénico de representación engendrado por las exigencias del tiempo y que representa los movimientos virtuales del cuerpo sensible, este "medium" en donde se desarrolla la experiencia, está "ocupado", "lleno" y estructurado como un sistema de relaciones, de comuni-

caciones, de información, de mensajes, que hacen de la experiencia humana una experiencia abierta a otro. El discurso o razonamiento, es decir, la posibilidad de manifestarse, de tener significado, de enunciarse actualizándose las cadenas verbales, no ya la materialidad de los signos —aunque los movimientos del cuerpo forman parte de este "lenguaje interior"— sino sus conexiones funcionales, los intervalos, las elipsis, las metáforas y "tropos" del razonamiento o discurso, son modalidades espacio-temporales de los movimientos expresivos, de la génesis y esponjamiento del lenguaje. Es precisamente por la parte oscura de las palabras, por las lagunas del discurso, por sus sobrentendidos, sus silencios y sus desvanecimientos, por lo que el lenguaje dispone de un espacio, o más bien, de un sistema de referencias con el espacio que tiene sus vacíos, sus relieves, sus grutas, sus luminosas playas por donde, él, puede discurrir, deslizarse, rebotar, tropezar. De esta forma el campo de la conciencia se nos muestra como un *campo del lenguaje*. Este campo es una red de todas las comunicaciones que unen el sujeto a los otros y a sí mismo; es el campo de la experiencia de la "presencia carnal" (Merleau-Ponty) de uno mismo en la palabra. Nada puede decirse acerca del lenguaje que no suponga esta organización con referencia a un espacio o intervalo que es el lugar de sus relaciones, un campo operacional y semántico.

El campo de la conciencia es el nacimiento, la creación de un mundo finito cuya misma exigüidad —como la de un cuadro o la de una forma melódica o poética—, ejerce por su intimidad esta fascinación estética que es —ya lo hemos subrayado— como el orden de su arquitectura. El jaeo de la sorpresa de nuestra previsión y de la previsión de nuestra sorpresa, no es otra cosa que la toma de la conciencia por su propio codicioso apetito. Los psicoanalistas hablan a este propósito de la erotización del pensamiento. Porque el campo de la conciencia es como un campo magnético, un "imán" que atrae al deseo de haber sido engendrado por él. Las "tendencias a la creación de espectáculos", que tan bien ha analizado M. Navratil, no son tendencias particulares, excepcionales o exclusivamente representativas; están implicadas en la misma organización en campo de lo vivido, de tal suerte que siempre puede el poeta —y con él el fenomenólogo— reducirlo a ese radical estético (el de una radical originalidad, el de una radical intimidad) una experiencia mágica o extática, o incluso al del "asunto" anecdótico de un objeto artístico. Comprendemos bien que hablar de la conciencia como de una representación, de un escenario, nos remite fatalmente a una especie de teatralidad o de dramatización de su vivido espectacular.

Los aspectos figurativos (temporalidad, movimiento, corporeidad, verbalización, sensibilidad estética), de este campo de la representación escénica, se ordenan o estructuran mediante su orientación hacia lo interior y lo exterior. Orientación quiere decir, aquí y ahora, captación del movimiento centrípeto y centrífugo de lo vivido. Porque la experiencia no se organiza nunca como la escena de una teatralidad absoluta, sino siempre como una escena que por sí misma nace, se desarrolla y acaba, o sea, como una "realidad problemática" en su efecto de representación. La función de la conciencia radica precisamente en esa facultad de discernir —en cada uno de sus movimientos y modalidades— lo que le corresponde, lo que brota de ella misma y lo que se le escapa o contra lo que ella choca; es como una función de arbitraje, tanto

más difícil cuanto que el juez de tal juicio puede ser el mismo culpable o víctima de la infracción: la misma estructura de la conciencia como campo de representación nos plantea, por su ambigüedad, su propio misterio. El campo en que se desarrollan las peripecias de aquello que sucede a la vez dentro y fuera de mí, nunca deja de verse animado por un movimiento de vaivén que hace avanzar las cosas percibidas y retroceder las imaginadas. Y, de forma más constante todavía, en cada experiencia vivida, en cada desarrollo temático o escénico, nunca deja de interferir y combinarse lo que está fuera de mí en la legalidad objetiva del mundo exterior, lo que nace de mí por la facultad subjetiva de mi deseo o de mi fantasía, lo que emerge de mis profundidades como de un mundo interior tan impersonal como el de la naturaleza, y aún hasta lo que llega de los otros en los mensajes que me envían y que yo no puedo recibir más que devolviéndolos, etc. Más tarde veremos (última parte) la importancia de esta necesidad estructural que no es sino la de una especie de fatalidad de lo vivido que mientras se da o se manifiesta como tal; se esconde mostrándose en la formación analógica o simbólica de un mundo que lo vivido no puede crear más que a su propia imagen y semejanza, y del cual no puede apoderarse sino rechazándolo: *el escenario de la conciencia comunica con los bastidores del Inconsciente.*

3. El campo como presencia

Todo campo de conciencia en tanto es vivido, es actualidad de lo vivido. Pero lo vivido actualizado en el sueño y en los estados de desintegración de la conciencia, no constituye un campo de presencia, si con ella se entiende una orientación de la conciencia capaz de dirigirse hacia un presente y de absorberse en él. Dicho de otro modo, el "campo del presente" es una abertura de la conciencia que *persiste* imposible precisamente por cuanto que lo vivido no puede aparecer más que en una actualización instantánea o precaria, que se realiza en un espacio únicamente presentado o representado. Debemos pues, describir ahora esta "abertura del presente" como un rellano superior que alcanza el campo de la conciencia para normalizarse. En efecto, estar presente en su mundo es organizar su presente como una situación en la cual se emprende una acción. Hasta aquí el movimiento de construcción del campo de la conciencia transcurría por entre una serie de experiencias superadas cuando no pasivas a secas, porque les faltaba precisamente ese dinamismo que hace de la actualidad un acto. La acción, prefigurada en las estructuras del campo de la conciencia que acabamos de describir, no estaba allí en resumidas cuentas sino como una experiencia más o menos dramática o significativa que se desarrollaba en un espacio virtual y en un tiempo desperdigado a través de los movimientos caóticos de sus peripecias. Este tiempo malgastado y desordenado no llegaba a constituirse en presente, es decir, a *pararse* para permitir que se abriera y se forjara un campo de conciencia verdaderamente presente en el intervalo libre entre el pasado interrumpido y el futuro por venir. Hay que subrayar el carácter milagroso de este presente imposible a fin de cuentas, puesto que está obligado a pasar rápidamente, y es ya pasado mientras pasa. Este flujo del tiempo, que es el

orden de una imperiosa necesidad de sucesión, con cada uno de sus instantes eliminando al interior sin que jamás sea posible ninguna reversibilidad, esta urgencia que arrastra a la conciencia como si fuera la corriente de un río, es ciertamente una cualidad de tiempo vivido; es ciertamente un fatal paseo hacia la muerte porque consume y consume la vida, o sea, la posibilidad para el ser de atravesar las experiencias de su existir; pero mientras que no es un tiempo homogéneo, cronológico y matemático, mientras que es duración del ser, el tiempo es una disposición y una disponibilidad del ser. Esta facultad de tener el tiempo en las manos, de retenerlo, de poder hacer trampas "contra el reloj", con su movimiento, es la posibilidad de vivir un presente organizado como campo de presencia. De esta manera el campo de presencia, que se nos ha presentado primero como un proyecto de intencionalidad, después como un "escenario" en el que algo sucede, se nos manifiesta ahora como un *ahora* que puede mantener o contener al tiempo. Ya no es solamente una intención o un lugar; está investido de su propia cualidad de duración, la de una pausa necesaria, la de un *reposo* concedido a las exigencias de la acción. No es ya tampoco solamente como un campo de deseo o un campo de espectáculo, es un campo que se constituye a la vez contra la instantaneidad y la velocidad, como un pedazo de tiempo. O sea que implica un desarrollo que asegura una cierta grandeza a sus dimensiones, un cierto orden a sus perspectivas. Efectivamente este "espacio de tiempo", sostenido y animado por los sentidos que lo integran y se desarrollan en el escenario que lo contienen, puede durar; es decir, durar hasta la extinción de la claridad que lo anima, hasta la desaparición del sentido que determina sus límites y su fin.

En semejante estructuración superior de la conciencia en forma de campo, es su *temporalidad ética* (en cuanto integración en su movimiento y finalidad de las pulsiones, de las emociones, de las exigencias de motivaciones) lo que constituye el último remate funcional de la actualización de la vivencia del presente; y de un presente que no está solamente presentado o representado, sino de un presente que es la auténtica manera de estar en mi presencia en lo que hago, o sea de llegar a la lucidez de mi autodeterminación.

La lucidez o la claridad de la conciencia consiste precisamente en esta capacidad de diferenciación que desenvuelve sus partes en la luminosidad de su campo, conservando entre ellas sombras de espacio e intervalos de tiempo. Bergson decía que la experiencia se arrolla a medida que el tiempo se desarrolla y podríamos añadir que la experiencia ilumina el espacio de su representación al abrirse sobre el tiempo. Efectivamente, el campo de la conciencia no alcanza la cumbre de su movimiento vertical de organización, sino cuando se aparta de la materia (la instantaneidad del espíritu que decía Leibniz) para constituirse en estructura que dispone del tiempo suficiente para conseguir su libertad.

La duración, empleada y considerada como campo del presente, es efectivamente la estructura misma de la acción, o sea la estructura estructurante o creadora del campo diferenciado de la conciencia; naturalmente, no la del comportamiento automático, que está situado o bien fuera (o sea debajo) de la conciencia lúcida, o bien dentro, implicada en su organización como maquinal utillaje del acto; sino de la acción en cuanto que exige para su desarrollo una maduración del presente ocupada por la presencia del sujeto.

Y así pasamos del “campo del presente” al “campo de la presencia”, que define la experiencia como una experiencia animada por un proyecto explícito y en vías de realización.

De manera que la construcción del presente, si bien es una modalidad de temporalización de la experiencia —que añade algo a su rudimentaria actualidad, a la sincronización y a la copresencia de los elementos figurados de su campo—, deviene ahora un *orden*, es también un orden de lo que es a la vez la subordinación de la simultaneidad del presente, a la noción de la presencia. Y subordinación a la ley de la copresencia, es decir, la obligación de templar sus propios movimientos o impulsos. De esta manera surge esta estructura temporal ética del campo de la conciencia, por cuanto que este campo está “orientado” en el sentido de lo que es preciso hacer para obtener o acelerar el tiempo, sometándolo a la ley de la acción presente, o sea al estatuto del ser que manifiesta su presencia en él.

Es decir que el “campo de presencia” y el “campo de la presencia” no pueden admitir la experiencia vivida sino como un acto y no ya únicamente como una actualidad; un acto que exige, para desarrollar su proyecto, ser una novedad de la voluntad mediante la cual ésta se desliga bastante de la empresa del revuelto pasado sin anticipar demasiado sobre un porvenir lleno de ilimitadas posibilidades; un acto que se construye entre la fatalidad de un encadenamiento y la infinitud de un desarraigo, un acto que se equilibra mediante su propio movimiento en el orden de las posibilidades, y no ya una actualidad que es solamente aquella forma que *adopta* toda experiencia al manifestarse como un *vivido*, cuando no “sin fe ni ley”, por lo menos sin referencia explícita a un presente consentido y a una presencia asumida.

De esta forma el campo de la conciencia, al constituirse a este nivel de acción ponderada y retenida, alcanza el nivel de una conciencia “bien constituida”, o sea una modalidad de organización que permite a la estructura de la conciencia emerger de la inconciencia y de todas las infraestructuras que forman, como hemos visto, los “grados” de su constitución. Desde este momento, al constituirse en campo de presente abierto a la presencia, la conciencia alcanza su grado de “vigilancia”. Este camino, que ella recorre en algunos segundos cuando pasamos del sueño a la vigilia, es el que ha recorrido de abajo arriba la ontogénesis de la conciencia y que ella sigue en este movimiento de verticalidad cuyas infraestructuras dinámicas acabamos de describir.

II. La dinámica del campo de la conciencia

Estas modalidades ontogénicas de la experiencia vivida en forma de campo (intencionalidad, escenario de representación, organización del presente) son como las infraestructuras de la conciencia constituida. Debemos ahora captar esta estructura en su actividad plena y no ya en su desarrollo o en sus cimientos cuando éste (el desarrollo) ha finalizado, al pasar de la inconciencia del recién nacido a la conciencia del adulto, o de la inconciencia del sueño al estado de vigilancia del hombre despierto. Encontramos entonces una nueva forma estructural del campo vigil, caracterizado por la *propiedad fundamental de variar de acuerdo con el sujeto*. Esto es tan cierto que el campo deja de

variar, o cambia menos libremente, cuando se desintegra. Cuando, por el contrario, la estructura de la conciencia alcanza su nivel normal de vigilancia por el movimiento de verticalidad ya descrito, no cesa de variar como si su movimiento facultativo fuera una propiedad fundamental de su campo. Y es que, organizado el campo de acción, no se constituye como una superficie plana o un orden estático. La acción que desarrolla en él, las peripecias de su vivencia, cava en el presente una multitud de perspectivas que son como los ángulos de perspectiva según los cuales cada fase de este desenvolvimiento puede sin abandonar la unidad de la gestaltización temática del campo llegar, desaparecer, yuxtaponerse, interferir o suceder a las otras. El presente es no la suma, sino la unidad funcional de esta multiplicidad; y los movimientos tan pronto centrífugos como centrípetos, tan pronto referidos exclusivamente a un detalle como englobando el conjunto, tan pronto apuntando a la superficie como hundiéndose en la profundidad, etc., todas estas vueltas que describe el sujeto en torno a su objeto, son como las dimensiones de este presente: dimensiones elásticas y fluctuantes que reciben únicamente del sentido temático la capacidad facultativa de circunscribir en la realidad la experiencia vivida, la configuración de su campo operativo. De tal forma que la milagrosa realidad del presente supone una variedad indefinida de modalidades de manifestación, a través de los movimientos de simultaneidad y de sucesión que componen la multiplicidad de la experiencia en curso, por cuanto ella está a la disposición del sujeto que la engendra. El campo de la conciencia representa, a este nivel en el que llega a ser propiamente *constituyente*, como una obligación de perpetuo cambio de perspectiva (y por tanto de multiplicidad) para permanecer en la constancia de su sentido, (y por tanto de su unidad). Y por eso el caleidoscópico desarrollo de la experiencia no debe, una vez más, tomarse como un “flujo de puro vivido”; en realidad es un arquitectónico entrecruzamiento de formas que no son heterogéneas, sino que están inmersas por el contrario en la dirección del movimiento del campo al que van ligados. Porque la estructura transitiva de la conciencia, sus variaciones o movimientos libres que metamorfosean cada aspecto del presente sin comprometer su unidad, no se muestran exactamente en toda su libertad más que con el consentimiento, cuando no con la atención, del sujeto que los suscita.

La disposición del campo en “presente” requiriendo la presencia del sujeto, es lo que consagra precisamente su disponibilidad. No nos asombraremos, pues, de que aquél que hace una cosa, o sueña en un acontecimiento, o se acuerda de algo, o imagina un encuentro, o prepara un discurso, o analiza un sentimiento, o intenta comprender su propia motivación, o descifra la conducta de los demás, etc., es decir aquél que está en “situación de presencia”, “en el presente de una acción”, que éste o aquél y todos y cada uno no cesen de modificar su campo de conciencia, no solamente cuando hablan o respiran, sino cuando lo entienden, porque es precisamente la constitución de la conciencia en campo, lo que garantiza y exige esta facultatividad o capacidad facultativa. Lo que *sí* puede asombrarnos, por el contrario, es que este entrecruzamiento de percepciones, de imágenes, de recuerdos, de ideas, de abstracciones, de precisiones o de palabras, no comprometan el orden ni la categoría de las realidades de lo vivido. Si en efecto, el campo de la conciencia no debiera comprender más que las variaciones temáticas y la contingencia de

sus contenidos, el mismo movimiento que lo engendrarse se consagraría esta heterogeneidad "concreta", y por la movilidad de sus movimientos facultativos, podría hacer creer que dicha heterogeneidad concreta no existe como estructura organizada. El campo de la conciencia no sería más que una metamorfosis abstracta, destinada únicamente a dar un marco fijo pero ficticio a esta móvil irrealidad. Es efectivamente a esa ilusión a la que sucumben todos aquellos que desde W. James no han conseguido captar la conciencia en su organización estructural. Ahora bien, si esta organización es esencialmente "campina", ello significa que no deja de estar asumida y ordenada de acuerdo con el sujeto que la constituye, que ella misma constituye y que, una vez constituida, controla su configuración, sus límites y sus posiciones.

III. El Yo. Amo y propietario de su campo

En efecto, es algo esencial a la conciencia el constituirse en campo según una perspectiva radical de bilateralidad. Al describir la constitución de la conciencia y los cimientos de su campo, ya hemos percibido lo vivido en su inmanencia, en la espontaneidad de su aparición, como un supuesto direccional o de sentido. Pero jamás se nos ha escapado que la dimensión "supuesta" o "dada" de la conciencia, implicaba en cada fase de su constitución la dimensión "tomada" o trascendental de una toma de conciencia de su experiencia por el sujeto. La subjetividad, es esta dimensión de la conciencia que, por lo demás, lejos de separarla la integra en su mundo. Pero no es sino a este nivel de plenitud de su ser cuando la conciencia, abierta al presente en su lucidez, se revela en su facultatividad, dejando en consecuencia libre al sujeto para describir una infinidad de movimientos *garantizados por la constante formal de su constitución*. La estructura transitiva u operaciones de la conciencia que acabamos de describir, nos ha enseñado ya que sus configuraciones eran como las fases de una ontogenia de lo vivido engendrado por su propio sujeto. Este, en tanto es el Yo de lo que es vivido por sí, es no solamente el centro de esta disposición egocéntrica del campo de la experiencia con relación a la cual él se ordena (el campo), sino el *generador* de sus propias manifestaciones o apariciones. Podemos añadir ahora que la facultatividad del campo es la *propiedad* de su sujeto. Ser es la esencia del Yo, y por ser debe tener sus experiencias. El campo de la conciencia opera aquí como el propietario del Yo, el lugar en que está él en su casa. El "yo" que habla, que piensa, que obra, que hace proyectos, que se entrega a su imaginación o que se interesa por los objetos que se le presentan, este "yo" es el Yo que no consiente en ser poseído por la experiencia, sino que tiende a poseerla. Veremos, a propósito del inconsciente, que esta propiedad es menos absoluta de lo que todo el mundo ha creído antes de Freud, que se trata en el fondo de una propiedad sometida sin cesar a discusión en cuanto a su origen y su porvenir.

Lo es menor en cuanto al poder juzgar sobre la realidad que es un derecho que el Yo ejerce en su campo.

Los movimientos que describe el sujeto en relación a su vivido, su facultatividad, comportan efectivamente una función de juicio, o, si se quiere, una función de lo real, como decía Janet. Ya se abandone a los sueños o al recuer-

do, ya se proyecte en la percepción y el análisis atento de los objetos que le presentan sus órganos de los sentidos, ya piense o reflexione, ya esté ordenando la composición jerárquica de su acción, ya dialogue o monologue, ya esté pasivo en la afección de su cuerpo o activo en sus conductas adaptativas, ya deje irrumpir sus efectos en su experiencia, o bien se conmueva por el espectáculo que levanta o suscita en su propio interior, ya haga llegar al centro de su campo de conciencia tal o cual parte de su cuerpo o de sus necesidades, o tal o cual idea, todas sus operaciones, intenciones, todas sus determinaciones (a cualquier nivel real o imaginario que éstas instalen lo vivido), *no cesan jamás de estar dotadas por él de una categoría de realidad*. De tal suerte que lo imaginario, en cuanto vivido, no deja de ser tomado por realmente imaginario en tanto es puesto o repuesto en su lugar dentro de las categorías de realidad. Lo propio, la propiedad de esta función de juicio es, efectivamente, para el Yo, la facultad de trascender la inmanencia de lo vivido asegurándole su categoría de realidad (esto es lo que yo me figuro, esto es mi propio discurso, esto es probable, esto es una idea, esto es un deseo, esto es una realidad, etc.).

Todo está permitido por la estructura misma del campo de la conciencia, Pero con la condición —para la experiencia vivida— no solamente de pasar por los diafragmas de su intencionalidad, de la esencia de su representación, o sea de organizarse en campo, sino incluso de someterse a la legalidad de su campo, al orden mismo de su constitución indefinidamente abierta y propiamente constituyente. Al hacerse constituyente, la estructura de la conciencia como campo de presente regido por la facultatividad de sus categorías de realidad, alcanza la *autonomía* de su organización, o sea la disposición del *existente* por su campo, por lo mismo que le está permitido cambiar de lo imaginario a lo real, con la sola condición de que el sujeto que dispone de la experiencia de la actualidad vivida en su campo, es el Yo, una estructura dinámica de la que nos ocuparemos en otra ocasión.

